

puesta sobre una mesa. Esta caja á la cual Alegría daba el nombre de jardín de sus pájaros, estaba llena de tierra y cubierta de musgo durante el invierno, y en la primavera sembrada de hierba y de flores.

Miraba Rodolfo este recinto con curiosidad é interés, y comprendía perfectamente el aire de jovial humor de la joven. Figurábase aquella soledad interrumpida por el gorjeo de los pájaros y por el canto de Alegría, que en verano trabajaba sin duda cerca de la ventana abierta y medio oculta tras la verde cortina de flores, y en invierno al lado de la estufa al suave resplandor de la lámpara. Todos los domingos se distraía de su laboriosa vida haciendo partícipe de sus placeres á un vecino joven, alegre, indiferente y enamorado como ella, á lo menos así lo juzgaba Rodolfo que hasta entonces no tenía razón alguna para creer en la virtud de la costurera. Los lunes emprendía otra vez el trabajo pensando en los placeres pasados y en los futuros. Rodolfo conoció entonces toda la poesía de los cantares del vulgo acerca de los amores que viven alegremente en algunas guardillas, porque aquella poesía que todo lo embellece convierte la triste mansión del pobre en feliz nido de enamorados en la risueña juventud. Y ciertamente : esta encantadora divinidad por nadie podía estar mejor representada que por Alegría.

Estaba Rodolfo entregado á estas reflexiones cuando volviendo maquinalmente la vista hacia la puerta, percibió en ella un enorme cerrojo digno de la puerta de una cárcel, y en el acto pensó que aquel objeto podía tener dos significados y dos usos bien distintos, á saber : cerrar la puerta á los queridos, ó cerrar la puerta estando dentro los queridos. El uno de estos dos usos de un golpe echaba abajo las aseveraciones de madama Pipelet, y el otro las confirmaba. En este punto de sus interpretaciones se hallaba el príncipe, cuando volviendo Alegría la cabeza, le dijo :

III

LOS DOS VECINOS

- ¡ Ho la ! ¿ estabais ahí, señor socarrón ?
 — Aquí estaba admirando en silencio.
 — ¿ Y qué es lo que admirabais, vecinito ?
 — Esto lindo cuarto, porque en verdad parece la habitación de una reina.
 — ¡ Toma ! en esto consiste todo mi lujo, y puesto que nunca salgo de casa, justo es que á lo menos esté bien en ella.
 — Yo no vuelvo de mi admiración : ¡ Vaya unas cortinas bonitas ! ¡ pues y la cómoda ! parece de caoba. Es preciso que hayais gastado mucho en todo esto.

— No me habléis de ello : cuando salí de la cárcel tenía 425 francos, y casi todos se me fueron en el arreglo del piso.

— ¡ Cómo de la cárcel ! ¿ Vos de la cárcel ?

— Yo de la cárcel. ¡ Pues es poca historia la mía ! Supongo que ya comprenderéis que no he estado presa por haber cometido ningún delito.

— Por supuesto; pero entonces...

— Después del cólera me encontré sola en el mundo á la edad de diez años.

— Pero hasta entonces, ¿ en dónde habíais estado ?

— En casa de unas gentes muy honradas á quienes el cólera mató : y al decir esto se humedecieron los ojos de la joven. Se vendió lo poco que poseían para pagar algunas deudas, y yo, viéndome abandonada de todo el mundo y sin saber que hacer, me fui á un cuerpo de guardia que había enfrente de casa, y le dije al centinela : señor soldado, mis parientes se han muerto y yo no sé á dónde ir; ¿ qué es lo que debo hacer ? El centinela llamó al oficial, éste me hizo llevar á casa del comisario, y éste como vagabunda me metió en la cárcel, de donde salí á los diez y seis años.

— ¿ Y vuestros padres ?

— Mi padre no sé quién era, y me acuerdo que á la edad de seis años perdí á mi madre, la cual me había sacado de la casa de expósitos á donde antes se vió obligada á llevarme. Esas buenas gentes de quienes os he hablado, vivían en nuestra casa, y como no tuvieron hijos y yo quedé huérfana, me recogieron.

— ¿ Y qué oficio tenían ?

— Papá Cretú, que así le llamaba yo, pintaba barcos, y su mujer era bordadora.

— ¿ Y lo pasaban bien ?

— Regularmente, aunque había sus más y sus menos, abundancia unas veces y miseria otras; más esto no impedía que el hombre y la mujer, que se daban el nombre de esposos por más que no estuviesen casados, viviesen muy contentos y felices. En todo el barrio no había familia mejor avenida ; siempre de broma y siempre cantando, y uno y otro eran muy buenos y generosos, de modo que cuando tenían, á todos daban. Mamá Cretú era una mujer gruesa, de unos treinta años, limpia como el oro, alegre como unas pascuas y viva como el azogue. Su marido tenía una nariz muy grande y una boca digna de la nariz. Siempre llevaba gorras de papel, y toda su facha era tan rara que no podía mirársele sin reír. Al volver del trabajo cantaba, hacía gestos y saltaba como un niño; me ponía sobre sus rodillas, hacíame bailar como un trompo, jugaba conmigo como si los dos fuésemos la misma edad, y la mujer me mimaba que no había más que pedir. Los dos no querían sino que yo estuviese de buen humor y que me riera, y como yo en todo el día no hacía otra cosa, me bauti-

zaron con el nombre de Alegría que después he conservado. Yo en mi vida los he visto tristes, y si alguna vez no estaban de acuerdo, era porque la mujer decía al hombre : calla, Cretú, que me haces reír demasiado, ó el hombre decía á la mujer : calla, que el cuerpo me duele de puro reírme : y yo viéndolos reír á los dos, me reía como una tonta. De este modo me criaron y formaron mi carácter, y me parece que sus lecciones no fueron perdidas.

— No por cierto, vecinita. Con que ello es que nunca disputaban.

— Ca, ni por pienso. El domingo, el lunes y algunas veces el martes, lo dedicaban á la broma y me llevaban con ellos. Papá Cretú era muy buen trabajador y ganaba todo lo que quería, y su mujer otro tanto. Cuando tenían con que pasar el domingo sin hacer nada ya estaban contentos, y si después de eso habían de holgar por falta de trabajo, tampoco les importaba. Me acuerdo de que cuando no teníamos más que pan y agua, papá Cretú cogía de la biblioteca...

— ¡ Cómo ! interrumpió Rodolfo, ¿ tenía biblioteca ?

— Dábale este nombre á una papelera llena de canciones, que compraba y sabía de memoria. Como iba diciendo, cuando no teníamos más que pan y agua sacaba de la biblioteca un libro de cocina, y nos decía : veamos lo que comeremos hoy : esto, estotro ; é iba leyendo el título de una porción de manjares exquisitos, y cada uno escogía el suyo. Papá Cretú, tomaba entonces una olla vacía, con mil gestos como quien echa en ella todos los ingredientes necesarios para arreglar un buen guisado, luego fingía que lo echaba en un plato vacío también y lo colocaba sobre la mesa con tantas contorsiones y muecas que era cosa de morirse de risa. Después abría otra vez el libro, para leer por ejemplo, el modo de hacer un buen guisado de pollos que habíamos escogido, y con aquel relato la boca se nos hacía agua, y comíamos el pan á secas soltando carcajadas como locos.

— ¿ Y esa gente no tenía deudas ?

— Jamás : mientras había dinero había broma, y cuando faltaba comíamos á la aguada, como decía papá Cretú haciendo alusión á su oficio.

— ¿ Y no pensaban en el porvenir ? — Nuestro porvenir era el domingo y el lunes. El verano lo pasábamos en el campo y el invierno en el arrabal.

— ¿ Y en qué consistía que con esa conformidad de genios y viviendo tan alegres no se casaban ?

— Un amigo suyo les preguntó una vez esto mismo delante de mí, y contestaron que en caso de tener hijos lo harían, y que en caso contrario continuarían como estaban. Á éstas añadían otras razones, con las cuales no quiero molestaros, porque ya sé que en hablando de esas gentes se me suelta la lengua y estoy charlando una hora. Dejémoslo estar, vecino, y hacedme el favor de darme ese chal que está encima de la cama, de pasármelo por debajo de la pañoleta y de prenderle este alfiler, y echemos á andar porque necesitamos buen rato á

fin de escoger en el Templo lo preciso para la familia de Morel. Rodolfo hizo lo que Alegría le decía, y arreglada ya ésta cerró la puerta y dió la llave á su vecino, riéndose como una loca de las cosas que se le ocurrieron para ponderar el tamaño de la llave. Efectivamente, era de marca mayor, y podía figurar dignamente en una de esas bandejas alegóricas que los vencidos ofrecen humildemente á los vencedores de una ciudad. Por más que Rodolfo creía que el cambio hecho en él por los años bastaba para que no le conociera Polidori, antes de pasar por delante de la puerta del charlatán alzó el cuello de la levita.

— No olvidéis, dijo Alegría, que van á traer efectos, y por lo mismo advertid á Mr. Pipelet que los haga subir á vuestro cuarto.

— Tenéis razón, y vamos á entrar un momento en la portería.

Mr. Pipelet con el sombrero calado y llevando como siempre la casaca verde, estaba gravemente sentado enfrente de una mesa, llena de trozos de cuero y de restos de calzados de todas clases, y se ocupaba con aquel aire serio y concienzudo con que lo hacía todo, en echarle suela á una bota.

— ¡ Ho la ! Mr. Pipelet, dijo Alegría ya veis la novedad que ocurre ; gracias á mi vecino, la pobre familia de Morel ha salido de apuros. ¡ Cuándo piensa una que iban á llevar á la cárcel á ese pobre hombre ! ¡ Oh ! esos alguaciles del comercio no tienen corazón.

— Ni educación, señorita, dijo Pipelet con tono airado, gesticulando porque dentro de una bota había metido la mano y el brazo izquierdo y quería sacarlo. No temo repetirlo á la faz del cielo y de los hombres ; esa gente no tienen costumbres, y han aprovechado las tinieblas de la escalera para tener la desvergüenza de llegar con sus indecentes acciones hasta el taller de mi esposa. Al oír los gritos de su pudor ultrajado, á pesar mío he cedido á la viveza de carácter. No oculto que mi primer movimiento ha sido estarme quieto y correrme de vergüenza al pensar en los atentados de que mi mujer acababa de ser víctima, como claramente lo decía el extravío de su razón, puesto que acababa de arrojar desde arriba la olla de las sopas. En ese momento han pasado por delante de mí esos infames libertinos.

— Y supongo que los habréis perseguido, dijo Alegría, que más de mil veces estuvo á pique de perder la gravedad.

— Pensaba hacerlo, respondió Pipelet suspirando, cuando he reflexionado que tendría que ver sus caras, y oír acaso palabras licenciosas, y esta idea me ha trastornado. No me tengo por hombre malo ; más cuando esos desvergonzados han pasado por enfrente de la portería, se me ha subido la sangre á la cabeza y me he tapado los ojos con la mano, para no ver á esos infames. Pero nada de eso me admira, porque esta noche he soñado con Cabrión, y preciso era que me sucediese hoy alguna desgracia. Sonrióse la modista, y los suspiros de Pipelet se confundieron con los martillazos que daba á la suela.

— Vecino mío, dijo Alegría al oído de Rodolfo, dejad que ese pobre hombre crea que le han hecho arrumacos á su mujer, pues esto le envanece. Rodolfo, lejos de desvanecer la ilusión del portero, le dijo: habéis abrazado el partido de los prudentes, que es el desprecio, y por otra parte la virtud de madama Pipelet basta contra esos ataques.

— ¡ Su virtud, caballero, su virtud! respondería de ella con mi cabeza. De la gloria del Gran Napoleón y de la virtud de Anastasia, respondo como de mí mismo.

— Y tenéis muchísima razón, pero olvidad esos tristes recuerdos, y prestaos á hacerme un favor.

— Los hombres han nacido para ayudarse, respondió Pipelet en tono sentencioso y melancólico, y mucho más con un inquilino como vos.

— Se trata de que hagáis subir á mi cuarto algunas cosas que van á traer muy pronto y que son para la familia de Morel.

— Podéis iros descuidado, caballero.

— Además sería preciso buscar un sacerdote para que velase á la niña que han perdido esta noche, dar parte de esa muerte, avisar para que se disponga un oficio de difuntos, y venga un coche decente; tomad dinero y no economiceis nada, porque el bienhechor de Morel, de quien soy agente, quiere que todo se haga bien.

— Eso correrá á cargo mío; mi mujer ha ido á la compra, y cuando vuelva haré que se quede en casa, y yo iré á desempeñar vuestros encargos.

En aquel momento un hombre embozado en su capa y á quien apenas se veían los ojos, se informó sin acercarse mucho á la portería y procurando no salir de la sombra, si la señora Gertrudis estaba en su casa.

— ¿ Venís de Saint-Denis? le preguntó Pipelet con aire de inteligencia.

— Sí, en cinco cuartos de hora.

— Esta es la seña, podéis subir. Y el embozado cogió al punto la escalera.

— ¡ Qué significa esto? preguntó Rodolfo.

— Se esta preparando alguna entruchada en el piso de la señora Gertrudis porque todo son idas y venidas, y esta mañana me ha dicho que no dejase subir á su cuarto á otras personas que aquellas que me contestasen: *Si, en cinco cuartos de hora*, cuando yo les preguntase si venían de Saint-Denis.

— Esto es un verdadero santo y seña, exclamó Rodolfo.

— Precisamente, caballero; y por esto he creído yo que se está haciendo algún enjuague en el piso de la Mad. Quiromántica, aun sin contar con que el Cojuelo que es un bergante que sirve á Mr. César Bradamanti, ha venido á las dos de la noche con una vieja tuerta á quién llaman la Lechuza, que hasta las cuatro se ha estado en el cuarto de la señora Gertrudis, mientras en la puerta la aguardaba un coche. ¿ De dónde venía ese tuerta? ¿ Á qué venía á hora tan desusada.

He aquí, añadió gravemente Mr. Pipelet, las dos preguntas que me he dirigido y las cuales no me he contestado.

— ¿ Y decís que esa mujer llamada la Lechuza se ha vuelto en carruaje á las cuatro de la madrugada?

— Sí, señor; y probablemente volverá porque la señora Gertrudis me ha dicho que la consigna no se refería á la Lechuza.

Rodolfo no vaciló en creer que la Tuerta urdía alguna nueva maldad; pero cuan lejos estaba de pensar hasta qué punto le interesaba esa trama! Volviéndose á Pipelet le dijo: quedamos corrientes; no olvidéis lo que os he encargado para esa familia de Morel, y rogadle á vuestra esposa que les haga traer una buena comida de la mejor fonda que haya cerca.

No tengáis cuidado; cuando llegue mi mujer, iré á dar parte de la muerte, á la iglesia y á la fonda: á la iglesia para el muerto, y á la fonda para los vivos: podéis darlo todo por hecho.

Al salir Rodolfo y Alegría se encontraron con la portera que venía de la compra cargada con una pesada cesta.

— Perfectamente, exclamó la portera mirando á los dos vecinos con aire picaresco y significativo: ya vais del brazo, así me gusta; los jóvenes deben divertirse: á una niña bonita un buen mozo: ¡ viva el amor! y se metió en el pasadizo gritando: no te apures, querido mío, aquí está tu mujer que te trae dulces, golosazo.

IV

EL PRESUPUESTO DE ALEGRÍA

Un viento muy frío, sustituyó á la nevada de la noche y el pavimento de la calle por lo común cenagoso, estaba casi seco. Alegría y Rodolfo se dirigieron al inmenso bazar llamado del Templo:

Ella apoyada en el brazo de su acompañante iba con él tan francamente como si estuvieran unidos con una intimidad muy larga.

— Es mujer muy original esa Mad. Pipelet, dijo la modista; ¡ se viene siempre con unas observaciones!

— Pues yo creo que tiene razón, vecinita.

— ¿ En qué?

— En haber dicho que los jóvenes deben divertirse, y que viva el amor.

— Pero bien ¿ y qué?

— Que ese es justamente el modo con que yo veo las cosas.

— ¿ Cómo así?